

Sobre chilenismos

Concepción, Octubre 31 de 1927.

Sr. D. José T. Medina.

Santiago.

Mi muy estimado señor y amigo:

SIN guía ni acompañante han llegado a mis manos los Nuevos Chilenismos registrados en el Diccionario Manual de la Academia, los que acabo de repasar y sobre los que voy a presentarle algunas observaciones.

Desde luego, siempre me ha llamado la atención la falta de un concepto claro de lo que es un regionalismo, sea americanismo, sea más estrechamente aun un chilenismo, y dentro de esta última casilla, un provincialismo. Para algunos, como Lenz, el estudio de cada vocablo sólo tiene relación con su origen, dejando a un lado sus quilates de casticidad; para otros, como todos los demás autores sobre chilenismos, se juzga primero si la voz en discusión peca o no contra el léxico y ¡pobre de ella! si peca. Para este su humilde servidor y amigo, hace fe la opinión de Toro y Gisbert (Americanismos), y piensa como él que vale mucho más una obra como la de Lenz, a pesar de que sus colaboradores, muchachos al fin, no perdieron ocasión de «pitárselo» con alguna palabreja mal sonante, en alguna ocasión improvisada, que un diccionario que al fin resulte una ardorosa defensa del idioma español aunque sea necesario a

veces resucitar y desempolvar vocablos que ya nadie usa en ninguna parte, para ponerlos frente a nuevas voces casi unánimemente aceptadas.

Y entre estos dos extremos, también con la opinión de Toro y Gisbert, estoy de que la mejor clase de obras sobre americanismos son los libros que se contentan con anotar el vocablo, su etimología cierta o probable, y el país o región donde se usa. Y como de este tipo son las dos que ha publicado mi padrino espiritual don José T. Medina, con ellas me quedo.

Llego a creer que buena parte de la confusión sobre el modo de juzgar los chilenismos, y los americanismos en general, se debe a que siempre se les ha tomado en grupo, sin separar y clasificar sus elementos. En algún trabajo con que me di el gusto de servir a mi finado amigo don Manuel A. Román indicaba los elementos que componen nuestro lenguaje vulgar, y ahora junto con repetirlos agregaré algunas consideraciones sobre la geografía de los chilenismos.

Las palabras y frases que constituyen nuestros chilenismos pueden clasificarse en siete grupos:

1) Palabras castizas cuya pronunciación ha sido modificada o corrompida.

2) Voces españolas anticuadas o desusadas, conservadas con su correcta significación.

3) Voces a las que se ha dado un significado distinto del verdadero.

4) Formas verbales incorrectas por defectuosa pronunciación o por haber sido formadas con verbos regulares o irregulares alternativamente.

5) Adjetivos y adverbios formados muchas veces sobre sustantivos y complementos.

6) Palabras de origen extranjero incorporadas al idioma por su significado especial.

7) Voces de origen quechua, aimará y especialmente mapuche usadas corrientemente en el lenguaje vulgar.

Pero estos diversos grupos no se distribuyen uniformemente en todo el país: su influencia se nota más o menos acendrada

para cada uno de ellos según la región de Chile cuyo lenguaje estudiemos. Ante todo, habrá que descontar aquellas voces de uso corriente entre la gente de mar y pueblo bajo de nuestros puertos, palabras casi todas que no son sino vocablos ingleses cuya pronunciación es defectuosa o corrompida: así *bichicuma* (beach come), *managuá* (man of war), *sanababiche* (son of a bich), *corejel* (go to hell) y otras muchas que el observador oye a cada paso en nuestros puertos. Tampoco pueden tomarse en cuenta las expresiones vulgares, casi de *coa*, que tienen una época de uso y desaparecen para dar lugar a otras de nueva invención o tomadas de los pésimos letreros de las películas o de los cantos populares de otro país.

Las diferencias regionales se marcan bien en zonas: una del norte hasta Aconcagua, otra de las provincias centrales hasta Talca, otra del centro-sur hasta poco al sur del Biobío, otra que comprende la región ocupada hasta ahora por los mapuches, otra compuesta de las provincias de Valdivia y Llanquihue, y por fin Chiloé.

En cada una observamos diferencias de lenguaje en relación con el elemento que las puebla: en el norte hay gran cantidad de palabras de origen quechua y algunas voces del antiguo mapuche; pero en general predomina el idioma castellano, regularmente hablado. La zona de las provincias centrales principia por Aconcagua y parte norte de Valparaíso, región que tiene curiosos caracteres filológicos: no se oye sino rara vez el sonido áspero de *ttr*, y al contrario, la *r* en esta combinación casi desaparece (estibo por estribo, tigo por trigo); las abreviaturas y contracciones de frases a la andaluza son de uso corriente; muchas palabras españolas han sufrido curiosas inversiones: *tañar* es el *tamborear* en la guitarra de más al sur; color *paco* es el café-pardo que en Maipo llamarán *cari* (quemado en mapuche); color *teño*, pelo *teño*, es el castaño; no se dice *hoy* simplemente, sino hoy día, etc.

Bien conocidas son las características de la región central, con el curioso modo andaluz de pronunciar y recortar letras y sílabas. Lo que llama la atención es que de tanto vasco que

ha habido en Chile central no haya quedado resabios en el idioma, si no fuera tal vez al autorizar más la pronunciación de la *s* como *c* suave y como *z* y el del sonido único intermedio entre *b* y *v*. En cambio la influencia argentina iniciada en la Patria Nueva y seguida durante la tiranía de Rozas se conserva casi intacta: el *vos* por *tú*, el imperativo disilábico y agudo (*andá, vení*), el *lo de* por *la casa* o *residencia de* son de uso corriente y consagrado.

A medida que se avanza hacia el Sur se va encontrando modificaciones cada vez más marcadas. La situación mediterránea de las poblaciones y la infranqueable barrera de la antigua Araucanía, impidieron la evolución del lenguaje: muchas palabras castizas se conservaron frescas, aunque hayan desaparecido del lenguaje corriente; la pronunciación de la *s* y de la *ll* es perfectamente clara; pero en el lenguaje se han infiltrado numerosísimas voces de origen mapuche admitidas en la conversación familiar y aún en ocasiones que exigen una más cuidada fraseología. Así *lauco* y *laucarse*, *añecahue* o *allecahue*, *huericarse*, *arincarse*, *huelán*, *potincado*, etc. se oye sin atraer la atención: los ajos o la uva se guardan en *ristras*—la voz castiza, malamente substituída por la *cuelga* de las provincias centrales—o en *utrunes*, la voz mapuche; lo que se lleva en las faldas o en el poncho es una *haldada*, la gente cae de *bruces*; el que se golpea, se *da* contra o con algo; una persona *enferma* o *está muriendo*, no se enferma ni se muere. Se oye a veces expresiones ya tan antiguas o más bien arcaicas como *desafuciados* por *desahuciado*, y otras. Alguna vez he oído la frase *estar en estera*, por «estar en las últimas», refiriéndose a un enfermo, que solamente he encontrado en el Vocabulario Criollo-Español de Ciro Bayo.

Si a esto agregamos la mala enseñanza del idioma patrio, ya que es lo corriente que los maestros, sobre todo de escuelas rurales, usen un lenguaje mítico para dentro de la clase y uno demótico—el vulgar—para fuera de ellas, han obligado a la creación de voces que correponden a determinadas situaciones y han producido la torcida acepción de otras. Ejemplos del

primer caso son las voces mapuches, como del segundo *botado* por *tendido* (palo botado, botarse en la cama); *siquiera* por *solamente*; *quizás* por *quien sabe*; los diversos estados de temperatura del agua son *desumecida* por *tibia*, *chispeada* por *hirviendo*, y *caldeada* por *caliente*; no dicen váyase sino *ándese*, usando siempre *andar* por *ir*, y lo construyen con un gerundio para significar el pretérito: me anduve caendo, me anduve enfermado. Es esta región del centro-sur la que seguramente proporciona mayor cantidad de americanismos, chilenismos y regionalismos a todos los que a este ramo de pesquisa se dedican.

Las provincias de Malleco y Cautín, el antiguo «Territorio de Colonización», la antigua Araucanía, han sufrido una completa metamorfosis: la afluencia de comerciantes, industriales, agricultores y colonos de otros puntos del país o de fuera de él ha reformado el idioma en condiciones tales que, al mismo tiempo que en las ciudades de la región se oye un castellano muy correcto, salpicado sí de voces araucanas, en los campos se habla una verdadera gerigonza que varía según la influencia de los elementos dominantes: mapuche, italiano, alemán, boer, etc.

Más al sur, Valdivia y Llanquihue presentan un curioso caso de mimetismo. Sabido es que, durante la Colonia, Valdivia se entendía directamente con Lima y prueba de ello son los apellidos de las familias fundadoras (Paz, Agüero, Echenique, Castebanco, etc.), y el idioma español se hablaba como se habla en el Perú: hasta ahora, no se dice *indio* sino *cholo*, lo que no deja de chocar a todo el que llega a Valdivia. Pero la llegada de los colonos llevados por don Vicente Pérez Rosales produjo una revolución en el lenguaje: mientras los colonos, con su modo de vivir que llamaríamos hermético establecieron sus escuelas en idioma alemán y conservaron todas sus costumbres, y aprendieron el castellano de boca de los peones o sirvientes chilotes, los valdivianos se dieron a imitar el modo de hablar de los recién llegados y así ha resultado un curioso lenguaje criollo, con locuciones netamente alemanas: *fulano está al campo*; *Juan se salió de aquí y no está más* (Juan se ha

mudado de casa, no vive aquí); «vengo a traer» por vengo a llevar (*bringen* significa las dos cosas en alemán).

Los importantes estudios de Cavada sobre Chiloé contienen todo lo que hay que decir sobre esa provincia.

Qué bien vendría un trabajo bien hecho sobre regionalismo en Chile! Aún para la conversación en las distintas provincias sería conveniente: así sabría el viajero que un terreno alto, loma o cerro, despojado de su vegetación es un *roce* en el sur, un *rulo* en el centro, y una *lluvia* en Ligua; que mientras en el centro del país una heredad es mala si tiene muchas vegas, terreno húmedo y bajo fácilmente anegable, en el Sur es condición de bondad para un fundo (un *potrero* en Osorno) tener muchas vegas, que son el terreno llano y descampado, ya esté en parte alta o baja; que de Maule al sur *cortan* y *emparvan* el trigo, mientras más al norte lo *siegan* y *encierran*, es decir que la parva se forma en el Norte después de trillar y antes en el sur, y que en la provincia de Llanquihue ésto se hará en un *campanario*, galpón de forma cónica donde se va acumulando el trigo para su trilla en previsión de las lluvias.

De la infinita bondad de mi señor y amigo muy apreciado espero el perdón por este larguísimo preámbulo y paso ahora a someter a su consideración algunas observaciones que me sugiere la lectura de su último libro.

Acivilarse.—¿Dónde lo oiría don Manuel Antonio? En los muchos años que llevo anotando y estudiando nuestro idioma criollo no he oído más que el término despectivo *civilesco* por el que es casado solamente «por el civil».

Achicar.—Es, como Ud. dice muy justamente, término usado por los vaqueros y gente ejusdem farinae, que siempre tratan de usar la palabra más corta.

Alfilerillo.—Es la planta llamada *almizcleña* en España, *Erodium Moschatum* geraniácea, que Molina llamó malamente *Scaudix Ailensis* (de la clase *Digynia* de Linneo, y ahora de la familia *Umbelíferas*). La planta se ha hecho espontánea en Chile y no sólo es un buen forraje sino que tiene propiedades medicinales.

Alijar.—No la hemos oído jamás.

Ampoa.—Es curiosa la relación que los que usan esta voz establecen con *sandía*: si es mal dicho sandilla, cómo quiere que diga ampolla?

Apotincarse.—Más bien potincarse, es tener la grupa más alta que la cabeza, como una persona en cuatro pies que tuviera las piernas estiradas. Se potinca el que por efecto de siática o reumatismo anda muy doblado hacia adelante. Si se conserva cholloncarse, encucillarse, debe conservarse también potincarse. Lo mejor sería suprimir los dos.

Atentón.—Usado también en lugar de tiento—Démosle un atentón a la botella.

Batro.—La *Thyltha Augustifobia* llamada *tatora* en el norte y centro, se llama *batro* o *vatro* en Curicó, Talca y tal vez Maule; más al sur *trome* (Tomé es Tromeco), y *vautro* es una compuesta o sinantérea del género *Baccharis*, es decir la *chilca* y *peril* de las provincias centrales.

Beteraga.—Beteraba dice el vulgo, usando un galicismo compañero del *hoblón* por lúpulo, de las voces francesas *beterave* y *houblon*.

Bocado.—*Bozal* se llama y no bocado, que está bien descrito en la acepción anterior. Potro o potrillo de bozal, es el que por estar todavía a medio domar no admite el bocado del freno.

Bolita.—En el sur no dicen bolita sino *bolito* por las que se usan para jugar.

Borracho.—Uvas borrachas es una especie de conserva de diversas frutas: uvas, higos, peras, manzanas, etc., en arropo o arropía.

Braguero.—¿Habrá querido hablar del *guatero* de metal o goma para agua caliente que tanto usan los enfermos del estómago? En la acepción atribuida a Chile no lo hemos oído jamás.

Cupilca.—Dicen también *chupilca* y *tupilca*.

Chalala.—Los indios andan *a pata*, a pie desnudo. A lo más usarán botas en el vestido de ceremonia o las mujeres *sumeles*, semejantes al mocasin de las pieles rojas.

Changle.—*Clavaria coraloides*, hongo no parásito sino sapró-

fito, comestible y muy sabroso. Hay en Europa varias especies semejantes.

Chape.—El molusco a que se refiere la glosa es *la lapa* de las provincias centrales.

Chatre.—No lo hemos oído nunca para significar refajo (habrán querido hablar de *churrines?*). Siempre lo hemos oído para significar acicalado, bien compuesto.

Chavalongo.—No solamente es la fiebre tifoidea, sino posiblemente el tifo exantemático y otras afecciones con fiebre y dolor de cabeza que es lo que chavalonco significa.

Chenque.—El indio llama *choique* al *avestruz* (Rhea Patagónica). Siempre he creído que los viajeros alemanes introdujeron la grafía *cheuque*, porque el sonido *oi* se escribe *eu* en alemán. No hay tal flamenco.

Chingue.—El *Conepatus Chingue* es el *Chingue* de Chile, el *C. Humboldtii* es el *Zorrino* de la Argentina y el *C. Suffocaus* el *skung* de norte.

Dinacho.—Tiene Ud. como siempre, toda la razón. Probablemente el Abate tomó el bohordo florido del Pangue (*Gunnera Chilensis* y *G. Scabra*, familia Halorragidáceas) por una nueva especie del género *Panque* por él inventado. A este bohordo o tallo floral, cuando se desarrolla tierno entre las dunas, lo llaman *rahuay*—(Rawuai según la grafía del Padre Félix).

Estaquilla.—La estaca de la baranda del carro se llama en el sur *barandilla*.

Gato.—Muy pintoresco lo hallo. Lástima que no se use en Chile.

Guananga.—Casi desconocida en las provincias del sur. No vale la pena de conservarla.

Huirica.—No se habrá pronunciado nunca sino por los que lean en el Diccionario. No significa nada y debe suprimirse.

Ideático.—En el sur dicen *idioso*, terminación de casi todos los adjetivos productos de la región: heloso, que se hiela fácilmente, o paraje donde hiela mucho; barrioso, camino o campo que forma mucho barro, etc. De *idioso* ha salido *lidioso*; ¿pero

de dónde vendrá *contigioso*, por difícil de manejar, voluble, maniático y acepciones semejantes?

Jaboncillo.—Más especialmente es la grasa preparada para suavizar y limpiar las sillas y arcos de montar.

Loro.—Treinta años llevo ayudando a morir y siempre he oído y llamado *pato* o *pata* al orinal de vidrio para enfermos.

Lleulle.—Es como el *blandengue* uruguayo, un civil a quien se ha enrolado en cuerpos especiales de caballería. Durante la guerra de Arauco nunca faltaron cuerpos de lleulles acompañando a las tropas de línea.

Machuelo.—Cuando se vende ahumado, que es muy común, lo llaman tritre.

Madi.—Es la *melosa* de las provincias centrales y aún de estas regiones.

Manito.—Si Dios no lo remedia, ya que la Junta de Censura no lo hace con las películas, y que las numerosas revistas argentinas lo difunden cada vez más, el barbarismo *ito* por *ecito* nos ahogará: viejito, piecito, manito, y demás ejusdem *furfuris*.

Mardoño.—*Escallonia pulvurenta* Fers.—fam. Saxifragáceas. También se suele dar este nombre a la *ñipa* o *siete camisas*. Los españoles llamaron a muchas plantas chilenas con el nombre de plantas de su país con las que encontraban parecido. Así la *murtilla* (Uñi Molinse) que los araucanos llaman uñi.

Mayu.—El nombre científico es error de imprenta. *Sophora Macrocarpa* o *tetraptera*, es el *pelú* o *pilu*, árbol o arbolillo abundante en esta región, que crece también en Juan Fernández, Australia e Isla de Pascua, donde sirve para sus esculturas o *tolomiros*. El mayu verdadero, *quebracho* en la provincia de Valparaíso, es *Edwardsia Chilensis* Miers.

Meucar.—*Meducar* dice la gente más pulida. Si tiene Román toda la razón, no vale por eso la pena de usarlo en lugar de cabecear y más bien dormir. «Apenas si eché una meducadita». «Saqué la noche meducando sin poder agarrar sueño».

Milcao.—Debe decir Chiloé y no Chile.

Motrillo.—Es voz indígena apenas usada por los campesinos.

Muermo.—El ulmo, *Eucrphia Cordifolia*, no es rosácea ni

cosa que se le parezca. La familia botánica es Eucrisiáceas. La miel de abejas que han libado el néctar de las flores de ulmo es apreciadísima.

Mutre.—Es *mutro*. La tercera acepción no es verdadera.

Mutro.—Es *motro*. Hay una raza de *motros* importada de la República Argentina.

Panqué.—Ha tomado la Academia, como varias otras veces, la obra del abate Molina para texto de consulta. En todo el sur, desde Maule, sólo se dice *nalca* por el pecíolo y por toda la planta.

Panuco.—Usan también el verbo panucar o panuncar, comer alguna sustancia en polvo: harina de trigo o de avellana p. ej.

Paradero.—Es la estación de mínima cuantía, donde solamente paran los trenes cuando hay pasajeros.

Pilo.—Lo que se dijo en Mayu.

Pilpil.—El pilpil-voqui, Boquilla Tripoliata o Lardizabala Tripoliata es una enredadera, usada para amarrar, para hacer canastos, etc. El coguil es el fruto de Lardizabala biternata bastante diferente por su aspecto, color de sus flores y sobre todo por su fruto.

Quilco.—Usada tal vez entre los indios. No la hemos oído nunca.

Retrobar.—A propósito de esta voz, que nunca hemos oído, hay que anotar que en todo el sur usan *regaño* por reprensión, amonestación o peluca. «Echarle un buen regañ» a alguien.

Runrun.—Con el nombre de *bramadera* se va a confundir el conocido juguete hecho de un disco con dos agujeros, con el poste que se planta en los corrales para amarrar los animales vacunos, sobre todo los bravíos.

Salamanquina.—No hay tal sino *salamanqueja*, especie de lajartija pequeña.

Sandilla.—Aquí reventó el disparate. La *Verbena erinoides*, pequeña verbena silvestre, cuyo fruto, como toda la familia Verbenáceas, está formado por cuatro pequeñas nuecesitas del tamaño de una cabecita de alfiler, se llama en mapuche sandía

lahuén, que quiere decir *yerba del incordio*. Para fruta no es muy recomendable, según se ve.

Semblantear.—Regionalismo de todo el sur.

Sopanda.—Como el anterior, para significar el sommier de resortes cubierto de tela.

Soplillo.—Se prepara como la chuchoca de maíz, y por cierto que es muy agradable.

Talonera.—La talonera no se pone en el talón de la bota: es una pieza de cuero, a veces de plata, más o menos adornada, que se lleva sobre el calzado, sea bota o zapato, para asegurar la espuela.

Tapucho.—Refiriéndose a gallinas, dicen en el sur *collonca*.

Tizonear.—Revolver el fuego de una hoguera para avivarlo.

Tocho.—No sólo la punta del pulgar, sino de varios dedos.

Trique.—*Libertia Coerulescens*—Trique o Calle Calle.

Tropilla.—En Argentina, y va pasando a Chile, el grupo de caballerías que se lleva para remudar durante los viajes.

Zagual.—Hemos oído desde niños zaguán y nunca zagual.

Zarco.—Y también del que tiene ojos azul claro.

Y como la inagotable paciencia de mi distinguido amigo ha de estar a punto de sufrir un quebranto, pongo punto final, no sin presentar antes mis respetos a la señora y renovar la expresión de sincero aprecio y estimación con que me repito su affmo.

✓ ALCIBÍADES SANTA CRUZ.